

dios, por cierto que en catalán, desmintiendo así la supuesta incapacidad de esa lengua como vehículo de conocimientos científicos, logró poner a punto un pequeño pero eficaz aparato para la transfusión de sangre, de fácil manejo por personas con un mínimo de conocimientos técnicos.

El sistema montado por el equipo del Dr. Durán-Jordá hizo posible la conservación del líquido humano hasta un total de 18 días y su traslado a una distancia de trescientos kilómetros. Cuántas vidas de soldados se lograron salvar gracias a aquel sistema de clasificación, conservación, transporte y transfusión de sangre es algo que naturalmente no sabremos nunca con exactitud.

Por desgracia, sin embargo, los logros de la sanidad republicana no encontraron su paralelo en una victoria militar del Ejército leal al gobierno de Madrid. Y tanto el doctor Trueta como el doctor Durán-Jordá, que estuvieron ligados siempre por una profunda amistad que perduraría en el exilio, hubieron de pasar a Francia con las últimas tropas republicanas. Más tarde, el biografiado se establecerá en Gran Bretaña, cuya nacionalidad adquirirá eventualmente. Allí llegará a dirigir, en Manchester, un departamento de hospital, publicará trabajos, algunos directamente en inglés, sobre hematología y patología, en el prestigioso «The Lancet», e incluso escribirá un capítulo del libro dedicado por Trueta a la cirugía de guerra. En aquella industriosa ciudad inglesa, fallecerá Durán-Jordá en 1957, víctima de la leucemia.

Ni que decir tiene que ninguna calle de Barcelona recuerda hoy su nombre. Los nombres de las calles quedan reservados para los generales de la «victoriosa cruzada». ■ **JOAQUIN RABAGO.**

CUBA CRITICADA

Todas las revoluciones triunfantes provocan un abundante arsenal bibliográfico que oscila en arco tenso entre la hagiología y la abominación, pasando por cualquier punto situado entre sus dos extremos. La Revolución Cubana, que a su estreno tubo **buena prensa** —excepción hecha, claro está, de los probatistas—, desde la entrevista del prestigioso periodista norteamericano Herbert

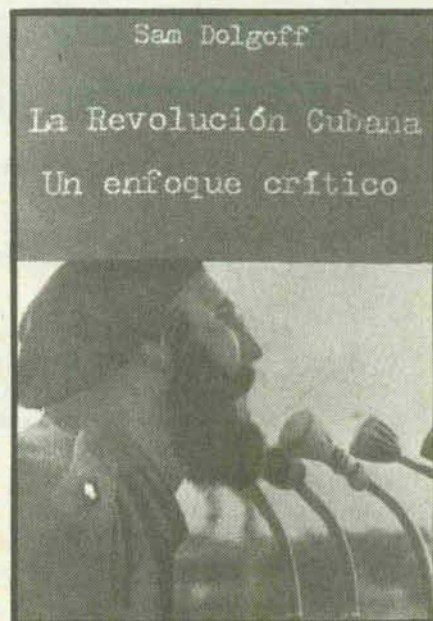
Matthews a Fidel Castro en Sierra Maestra en 1957, casi dos años antes de la triunfal entrada de éste en La Habana, concitó las esperanzas de toda Latinoamérica y la atención de toda la intelectualidad progresista americana y europea. Cuando se pensaba que la revolución era imposible en Europa, el **tercermundismo** llegaba a ocupar un lugar de preferencia en la panoplia de estos intelectuales que ya habían empezado a mirar **hacia afuera** desde la revolución argelina. Después, la burocratización de la Revolución Cubana, el fracaso de las experiencias foquistas y la aparición del fantasma que recorrió Europa en Mayo del 68, le enajenaron a Castro muchas de estas simpatías. Pero quien no haya sido alguna vez castrista, que tire la primera piedra. Y llega Sam Dolgoff y lo hace con su libro **La Revolución Cubana, un enfoque crítico**, editado por Campo Abierto.

La novedad de este enfoque crítico reside en la **ideología** del autor. Hasta ahora la Revolución Cubana se había juzgado casi exclusivamente desde el punto de vista marxista.

Sam Dolgoff es un veterano militante anarquista norteamericano del que se conoce en español una interesante antología de textos de Bakunin. En 1940, a cambio del control sobre la Confederación de Trabajadores Cubanos (CTC) y según la línea de los frentes populares impulsada por la Komintern, los comunistas apoyaban a los candidatos de Batista para las elecciones a la Asamblea Constituyente, dándose la paradoja de que Carlos Rafael Rodríguez y Juan Marinello, altos cargos en el actual gobierno de Castro, fueron ministros sin cartera con Fulgencio Batista.

La caída de Batista se habría producido por la fuerte oposición de masas, junto a la cual la actividad guerrillera quedaba minimizada y sólo operaba como punto de referencia de la amplitud de la lucha contra la dictadura. Castro maniobraría de tal suerte con el **carácter romántico** de la guerrilla de Sierra Maestra, que usurparía para el Movimiento del 26 de julio la victoria, eliminando a sus competidores del Directorio Revolucionario y del Segundo Frente de Escambray del poder, para terminar depurando a su propio Movimiento en favor de los comunistas, a pesar de sus diferencias con éstos.

El libro concluye con un análisis de la



estructura del poder en Cuba que constituye su capítulo más importante. Para lograr la institucionalización del régimen, Castro, a partir de 1970, ha tenido que reorganizar su gobierno y elaborar una nueva constitución. Sus promesas de descentralizar la administración, aumentar la autonomía local y la autogestión obrera, de democratizar los sindicatos y las organizaciones de masas y crear nuevas agencias estatales para fomentar el aumento de la participación del pueblo en los asuntos locales y nacionales, han quedado en meras expectativas. La institucionalización de la revolución cubana aún está, sin embargo, en sus primeras etapas. Hasta ahora lo único que ha ocurrido ha sido el refuerzo del poder personal de Castro. Pero en el futuro, la complejidad de esa institucionalización requiere una enorme maquinaria burocrático-administrativa. «El Partido Comunista, las Fuerzas Armadas, el establecimiento educacional, las agencias económicas, los sindicatos, las ramas gubernamentales, local, regional, provincial y nacional, inexorablemente competirán por más poder», dice Dolgoff. El paso del gobierno personal a una dictadura colegiada de tipo post-estalinista parece inevitable. La trayectoria de **los barbudos** se nos antoja poco ejemplar: revolucionarios en Sierra Maestra, burócratas en La Habana, reformistas en Chile, potencia militar en Angola y Etiopía. En la división del trabajo del mundo burocrático a Cuba le ha tocado el papel de brazo armado de los intereses geo-estratégicos de éste. ■ **REMO ERDOZAIN.**